

COLECCION
OCTAEDRO
CUENTO

DÍAS
DE
EXILIO



ZELMAR ACEVEDO DÍAZ

Prólogo: Diego Mare



Acevedo Diaz, Zelmar

Días de exilio / Zelmar Acevedo Diaz. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2017.

172 p. ; 20 x 14 cm. - (Octaedro / Díaz Mindurry, Liliana)

ISBN 978-987-3613-75-3

1. Cuento. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
MARZO, 2017

Diseño de tapa: Florencia Biondo

Cuadro de tapa: Joan Miro "Personaje y perro ante el sol"

Foto de solapa: Federico Cuevas

Contacto con el autor: zelmaracevedo@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

ZELMAR ACEVEDO DÍAZ

DÍAS DE EXILIO

-CUENTOS-

COLECCIÓN OCTAEDRO

ediciones ruinas circulares

INDICE

días de exilio /	<i>página</i>	11
la danza de los siete muertos /	<i>página</i>	19
doscientos pesos /	<i>página</i>	33
nadie me habló del abismo /	<i>página</i>	49
el mercader de antigüedades /	<i>página</i>	65
noche de fiesta /	<i>página</i>	89
la lección de música /	<i>página</i>	121

PRÓLOGO

Lejos de intentar inteligentemente el esbozo de una tesis sobre la abundante obra de Zelmar Acevedo Díaz, por razones de timidez y rusticidad de mi caltre me limitaré a enunciar tres vanos e inocuos comentarios. El primero será una *reseña*, el segundo una *aseveración* y el tercero una *advertencia*.

Reseña. Desde que en 1999 su novela *La dama de cristal* fuera premio Casa de las Américas en Cuba, tras practicar durante muchos años una especie de “literatura de cordel” (escribía sus cuentos, los editaba en forma de cuadernillos y luego salía a venderlos en los trenes suburbanos para “ganarse la vida”), este insolente “escribidor” ha publicado *Historias secretas* (2001), *El tiempo a la deriva* (2010), *El desertor* (2010), *El signo entre las sábanas* (2012), *Desde un cielo gris* (2016) y ahora, ni apenas transcurrido un año, pluma en ristre, arremete con este *Días de exilio*, ¡como si escribir fuera lo único importante!!

Aseveración. En una utópica y circular mesa de lectura fuera del tiempo y del espacio donde todos los escritores pudieran leer a todos los escritores, afirmo y asevero sin ningún temor a equivocarme que puntos altos de la narrativa de todos los tiempos como el Edgar Allan (troesma del terror y la crueldad), Alfred Jarry (autor de *Ubu rey*, demiurgo del humor negro, precursor de la literatura del absurdo y del mismo surrealismo) y el nunca del todo bien admirado y releído Marcel Schwob, autor de *Vidas imaginarias*, mentor sin más no ir de nuestro querido Borges, y quizá

muchos otros plumíferos que no mencionaré para no abundar, ensayarían una subrepticia y angelical sonrisa, guiñándose un ojo entre ellos y exclamarían estentóreamente “¡¡Por fin en un repliegue del espacio llamado Río de la Plata y a comienzos del siglo XXI hemos encontrado a este Zelmar Acevedo Díaz, un cachorro de los nuestros!!!”

Advertencia. La maestría en la técnica del relato, el humor negro que campea por ejemplo en *La danza de los siete muertos*, la atmósfera de terror asfixiante que late en *El mercader de antigüedades* y la imaginiería cruel que reboza en *La lección de música* (todos cuentos integrantes de este libro), me imponen a mí, humilde zapatero de metáforas poéticas, advertirle al inocente y caro lector dos cosas. La primera y más importante: cuídese el lector de no desaparecer misteriosamente en el texto de algún laberíntico relato de Acevedo Díaz (puede perderse en la pesadilla de algunas de sus versátiles tramas). La segunda, ya más general y ligada a la ciencia de la literatura, una especie de apotegma que solía repetirme el compadre Miguel Briante durante esas interminables noches de bohemia por los boliches de nuestra Buenos Aires: *la prosa no es más que nostalgia de la poesía ...*

Diego Mare

A Sergio, cercano y permanente.

DIAS DE EXILIO

*Cayeron las hojas, huyeron las aves,
agonizaron las mariposas.*

Carlos Fuentes

Subiste al avión con todo el placer del desgarrro. Era un placer oscuro, que se retorció y se desangraba, anidado en la boca del estómago. Atrás quedaban papá y mamá. Y tu hermano y tu cuñada y el bebito en brazos, ese trío ahí parado, tomaditos de la mano en la sala del aeropuerto, viéndote partir, desaparecer por esa boca que te tragaba como llevándote a otro planeta, otra dimensión, un mundo inasible, increíblemente lejano aunque pudiesen identificarlo en algún lugar del mapa. Era como el túnel del tiempo que te devoraba y papá y mamá y el trío aquel que no dejaba de mirarte sorprendido, el túnel que se tragaba al hijo mayor, al único hermano que se iba dónde, para qué, tratando de comprender, ahí parados en la sala del aeropuerto, estáticos, duros igual a estatuitas de yeso, sin siquiera levantar el brazo para decir adiós porque en ellos sólo cabían esos ojos redondos, azorados, que todavía no salían del asombro y que todavía no podían creer que ése que se iba y desaparecía por aquella boca monstruosa fuese el hijo mayor, el único hermano, y ellos ahí parados, petrificados

–Estoy harto de este país. Me voy a la mierda.

ni siquiera pudieron abrazarte y lagrimear y esas tiernas palabras de despedida, escribí, te escribimos, no te preocupes por el llamado, cobro revertido, pero ninguno había aventurado esperamos verte pronto porque algo les decía que te ibas para siempre y que no ibas a volver ni de visita y que a ellos se les haría muy difícil viajar porque las cosas no andaban bien y estabas harto de este país y te ibas a la mierda.

Tampoco quisiste mirar hacia atrás mientras avanzabas hacia la galería que te conducía al avión, pero por supuesto que podías sentir las miradas a tus espaldas, las miradas atónitas porque ése que se iba era sangre de familia y algo dentro

les decía que no ibas a regresar, no quisiste volverte y mirar por última vez a papá con su viejo sobretodo gastado en el borde inferior ni a mamá con la garganta endurecida y que apenas si podía tragar saliva y que fue la única en intentar abrazarte, pero la rechazaste dulcemente, con una palmadita en la espalda y un beso furtivo aunque quisieses llevarte su olor, la sensación de su piel contra la tuya, aunque quisieses ese abrazo quién sabe hasta dónde, hasta cuándo. Tampoco quisiste volverte para mirar a tu hermano ahí parado, duro igual a una estaca que se había despedido con un beso como si fuese un beso de ocasión, hasta pronto, hasta mañana, nada más que un apretón en el antebrazo con esa manaza que no quiso, no tuvo la intención de transmitir ternura ni impotencia ni bronca y que no obstante lo hizo porque era la última oportunidad de decirte algo a su manera, sin palabras, apretándote el antebrazo con su manaza y vos desprendiéndote de él y dándole un besito a tu cuñada, un besito al nene y pegando la vuelta hacia la boca que conducía a la galería y sintiendo a tus espaldas las miradas de papá y mamá y tu hermano petrificado como una roca, con sus brazos colgando y los talones juntos y los pies abiertitos haciendo una V, y vos con el placer del dolor, de ese dolor que se abría en quién sabe qué rincón del alma, el placer de desangrarte mientras mostrabas esa distante frialdad y una calma chicha que no era alegría ni tristeza ni desaliento ni esperanza, era nada más que un irte por esa galería que te llevaba al avión, a un mundo remoto del que no había regreso mientras papá estaría recordando, tal vez, esas palabras que dijo dos o tres años atrás, en un almuerzo de domingo, el que pueda irse de este país debería hacerlo, y que ahora, tal vez, estaría recordando mascullando puteando esas palabras que dejó escapar de una manera tan inocente, un comentario al margen del que dice algo para los otros, jamás para los suyos.

Y en aquella galería de cristal pudiste caminar con el paso seguro, indiferente, endureciendo los músculos como si

en cualquier momento algo pudiese aflojarse, el bolso colgado del hombro y el cuerpo erguido, nada más que ese recóndito placer mientras formabas parte de aquel torrente de pasajeros que irían por negocios, turismo, de visita, y cuando comenzó a asomar esa sensación de estar solo en el mundo acomodaste el bolso sobre tu hombro y esbozaste esa mediasonrisa del que viaja por negocios o turismo o de visita y hasta te pusiste a observar un detalle arquitectónico del techo del hall central.

Pasaste igual a los demás y respondiste con una mirada de agradecimiento a la formalidad de la azafata que te deseaba buen viaje y buscaste tu asiento y guardaste el bolso en el compartimiento del equipaje luego de extraer la novela que quizá te pondrías a leer como si nada estuviese ocurriendo, un viaje más entre tantos, celebrando el asiento junto a la ventanilla desde donde observabas la superficie de la pista, húmeda de llovizna, y las luces amarillas que comenzaban a reflejarse en el anochecer, el cielo cargado de nubes, un avión de Lufthansa que maniobraba y tomaba posición sobre la pista de despegue, lejos, lejos de papá y mamá y tu hermano y tu cuñada con el bebito en brazos, lejos, lejos los que habían quedado allí, en la sala central del aeropuerto y que tal vez habían tardado un rato en desprenderse de esa quietud momificada, de esa parálisis que les impedía mirarse unos a otros, hasta que alguien se habría desentumecido cuando comprendió que ya estabas lejos, lejos, que te habías ido para no regresar, entonces, quizá, empezaron a moverse con lentitud y pegaron la vuelta hacia la playa de estacionamiento, sin palabras, sin mirarse a los ojos, el avión de Lufthansa en la tarde gris y vos en esa cabina blanca, iluminada a giorno con toda esa gente que no terminaba de guardar los bolsos y de acomodarse en sus asientos, era otro mundo, un microclima que te envolvía con una impresión de irre realidad, papá y mamá afuera, en la tarde gris, en el anochecer de luces amarillas, y vos en un mundo blanco iluminado a giorno empeñado en responder un comentario pueril de la señora sentada a tu lado, así, con toda la amabilidad, y luego la atención en las

palabras de la azafata para situaciones de emergencia, el cinturón de seguridad, la máscara de oxígeno, la bolsita vomitiva, casi con indiferencia, porque cualquiera que te viese pensaría en tu enésimo viaje, hombre de negocios, y otra vez la sonrisa amable y la respuesta sin vacilaciones a una pregunta de la señora de al lado, nadie que te viese podría decirlo, que lo abandonabas todo, que te ibas para siempre, que renunciaste a tu mugroso empleo, que los pocos ahorros, que sólo el pasaje de ida, para siempre.

Pero, no obstante, algo dentro de vos se fue reacomodando con los meses. Primero el contacto, un viejo amigo establecido hacía algunos años, la pieza en los suburbios, el rápido aprendizaje del idioma, balbuceante y a los ponchazos, el primer trabajo en un local de alquiler de bicicletas, rastrillaje de parques y jardines, lavacopas, mozo en un restaurante de la periferia, y aunque te ibas habituando, nunca dejaste de sentirte extraño porque extraña era la lengua y ese cielo casi siempre nuboso, extraña era la ciudad, con su gente respetuosa y su amor al silencio, extraños los nuevos amigos y conocidos, extraña tu novia, a quien nunca llegaste a conocer porque fue una relación de nueve semanas y no la hubieses conocido nunca aunque hubiesen envejecido juntos, extraño ese equipo del que te hiciste hinchado por decreto y que fuiste a ver en un par de ocasiones y del que sólo de tanto en tanto se te dio por fijarte el resultado en la sección deportiva de los lunes, y cuando alguien te dijo que nunca encontró nada de tu país en los diarios, que tu país no existe para esta región del mundo, te sentiste abochornado porque ya te habías propuesto que tu país dejase de ser aquel que abandonaste, y que tu país tampoco era el adoptado y no sabías a qué mundo pertenecías ni si llegarías a pertenecer a éste algún día ni qué habría sido del otro, del que sólo parecía unírte un pasado que querías arrancar de la memoria y las cartas de papá y mamá y de tu hermano que ibas acumulando en la mesita de luz y que más de una vez amagaste con tirar a la basura, pero que un senti-

miento ancestral lo fue impidiendo intento tras intento. Allí, arrinconadas, estaban las cartas de papá y mamá, que escribían a dúo en un solo papel, la primera carta de tu hermano, con un prudente reproche porque recién recibieron noticias tuyas a los cuarenta y ocho días de tu partida, y recordabas perfectamente que más de una vez habías tomado el bolígrafo y una hoja en blanco que luego volvías a meter en el cajón aunque supieses que tu silencio les provocaría angustia, y su angustia te producía dolor y el dolor, otra vez, ese furtivo e insondable placer que tanto se parecía a una flagelación en el claustro de un convento.

Lo cierto es que respondías una de cada tres, con un texto menudo, casi telegráfico y apenas informativo, tanto como para mantener ese finísimo hilo de unión, un hilo que podía romperse cualquier día de éstos, y entonces caminarías por las calles de la ciudad con tu normalidad de la casa al trabajo y el regreso a la casa, el esparcimiento del día franco, el café con un amigo, algún proyecto para el futuro, caminarías y harías las cosas de siempre con la desesperación metida en el cuerpo, presintiendo el padecimiento de papá y mamá y de tu único hermano a miles de kilómetros de distancia porque el hilo se había roto y ese hijo y ese hermano que un día había desaparecido por la galería del aeropuerto era ya una presencia irrecuperable que no tenía necesidad de ellos y que los había olvidado porque empezó una nueva vida y habitaba un mundo a miles de kilómetros de distancia. Pero respondías una de cada tres cartas, a veces sólo una postal con la imagen de grandes avenidas y fuentes y monumentos y parques de un césped perfecto, cuando ellos te mandaron una fotografía todos juntitos, apretados, sonrientes, tu hermano y tu cuñada y el nene con los abuelos que ya ves qué crecidity está, y la observaste por unos segundos y enseguida al sobre y al cajón de la mesa de luz cuando sentiste la necesidad de devorártela con los ojos.

Pero con el tiempo te fuiste ubicando y entraste en una compañía de seguros y alquilaste tu propio departamento, no

muy lejos del centro, en la parte vieja de la ciudad, mantenida en su arquitectura clásica como sólo los europeos saben hacerlo. Y allí fue donde recibiste aquella carta una mañana de invierno, tan fácil de reconocer por el marco de bandas celestes y blancas y por la letra inconfundible de tu hermano, junto a otras, la cuenta telefónica, notificaciones, impuestos varios, las abandonaste sobre la mesada del vestíbulo mientras completabas el desayuno que la portera había interrumpido, y después fuiste al baño y terminaste de asearte y luego al dormitorio para la ropa del día, un par de llamados, también te fijaste qué quedaba en la heladera y es claro que pasaste junto a la mesada del vestíbulo más de una vez con esa indiferencia del que tiene la mente puesta en otra cosa aunque la carta te llamase a gritos, te absorbiese, te succionase con sus tentáculos invisibles, hasta que poco antes de salir decidiste ocuparte de la correspondencia, por supuesto que empezaste por los impuestos y la cuenta de teléfono, y sólo al final el sobre de letra inconfundible y bandas celestes y blancas. Afuera, una llovizna tenue cristalizaba el vidrio de la ventana, hacía frío pero el departamento se mantenía en una temperatura agradable, papá murió, unos gorriones volaron hasta el alféizar de la ventana y empezaron a picotear quién sabe qué cosa, lo sepultamos esta mañana, no en nicho sino en tierra como él quería, los gorriones daban saltitos de aquí para allá y apenas uno voló, los demás fueron tras él, fue algo rápido, casi no sufrió, una descompensación del organismo, y ahora la ventana parecía más fría y desamparada que nunca porque los gorriones la habían abandonado.

Y nada de que ahora las cartas fuesen más cortas, porque mamá escribía el doble, con su letra apretada y nerviosa de donde a veces se desprendía una palabra ilegible, contándote menudencias, cosas de entrecasa que exudaban una sensación de soledad que nunca, nunca era mencionada, y que también hablaban de vejez y de cansancio, empecinada en sostener ese puente entre ella y vos aunque supiese que ya no volvería a verte y que el hijo mayor no era sino unas breves líneas o una

postal con anchas avenidas y fuentes y monumentos y parques de un césped perfecto que le llegaban de tanto en tanto.

Pasaron once años y alguien hubiese podido decirte que el tiempo es un bálsamo para el dolor, que no hay sufrimiento que se resista a ese poder anestésico y cosas por el estilo, pero aquel recóndito placer nunca supo de lugares comunes y jamás permitiste que se adormeciera porque en once años no hubo día que no te acordases de ellos y que no avivaras ese fuego que te devoraba sin piedad, es claro que alguien hubiese podido decírtelo, pero nadie lo hizo porque los lazos de sangre no entraban en ninguna conversación y siempre te referías al presente y a proyectos y a los días por venir, como si el pasado se hubiese diluido en una masa sin forma, quebrado a partir de algún hecho sobre el que nadie se le dio por indagar porque de eso no se hablaba. Y después de once años, tu hermano te decía que venía a verte, que venía él solo porque consiguieron juntar dinero para un pasaje, te daba fecha y horario, te avisaba con bastante anticipación, y a partir de ese instante comenzaste a calcular los días en cuenta regresiva, uno tras otro, y mientras iban pasando algo crecía dentro de vos, una revoltijo de ansiedad, de miedo, de piel sudada, de amor, porque lo cierto es que sentiste que lo amabas con las tripas, con cada partícula del estómago, con cada latido, con aquellos sueños que no se desvanecían cuando despertabas, lo amabas con el olor de la mañana, el sabor de las tostadas, amabas su manaza, su torpeza, su falta de palabras, lo amabas sin contemplaciones, sin por qué, con ese amor incondicional que no entiende nada de motivos ni de razones.

Y cuando respondiste el portero eléctrico te plantaste frente al espejo del vestíbulo para mirarte la cara, y hasta ensayaste una sonrisa, y luego el ascensor, la puerta de rejilla, el timbre, abriste y casi sin darle tiempo a que te observase, lo abrazaste, lo apretaste, esas palmadas en la espalda, y al despegarte, de inmediato advertiste sus ojos enrojecidos, y sacate el sobretodo, ponete cómodo, le pediste mil disculpas por no haber podido ir

al aeropuerto pero es que hoy fue un día terrible, problemas en la compañía, no pude evitarlo, y cómo está mamá, Arielito casi un adolescente, enseguida a la cocina, sentate, un café, y él que seguía un tanto tieso, con el rostro ensombrecido, de la misma manera como lo habías dejado once años atrás, si parecía que ese momento era una proyección del otro, que el tiempo había pegado un salto, ignorado los almanaques, no obstante respondía a todas tus preguntas, trataba de ser amable, salvo esa sombra en su rostro, tal vez por lo del aeropuerto, te mandaste un chiste por su temor a los aviones, comenzaste a contarle sobre algunas de tus cosas, el trabajo, las amistades, el estilo de vida, pareció distenderse, el rostro se le fue aclarando, aceptó otro café, también él ensayó una sonrisa, era cierto, el tiempo no había transcurrido, estaba igual, algo más robusto, asentado, con aire de padre de familia, media hora de conversación lo habían regresado a él, de nuevo tengo que pedirte mil disculpas, una reunión urgente, de última hora, me la comunicaron hace un rato, no te imaginás, después te explico, calculo que a las once voy a estar de vuelta, te invito a cenar, por aquí cerca hay un bodegón abierto toda la noche, te hice un juego de llaves, podés ir a caminar por ahí si querés, y te pusiste el gabán, hasta luego, la puerta, el ascensor, la calle, el aire de la noche, caminaste sin sentido, sin rumbo, dejándolo atónito, con todo el desconcierto que cabe en este mundo, sin sentido, sin rumbo, cuadras y cuadras, una plazoleta que todavía permanecía abierta, sin cruzarte con nadie, el banco húmedo, desolado, te sentaste con el cuerpo inclinado hacia adelante, los brazos sobre los muslos, las manos con los dedos entrecruzados hasta el dolor, la vista clavada en el suelo, así unos segundos, la oscuridad, ni una presencia furtiva, nadie, algo que te apretaba el pecho, te endurecía la garganta, nadie, sin testigos, sin curiosos cuando te llevaste las manos a la cara y te pusiste a llorar.

LA DANZA DE LOS SIETE MUERTOS

A mi madre, inspiradora de esta historia.

Sudorosos, los empleados del cementerio terminaron de sacar el segundo ataúd del fondo de la bóveda y lo depositaron junto al otro, a un costado de la callejuela. A pocos metros, la dos mujeres observaban sin pronunciar palabra, estáticas bajo el sol de febrero, ambas con las manos tomadas por delante y la carterita colgándoles a la altura de las rodillas. Los hombres desaparecieron nuevamente en el interior de la bóveda, serios, con cara de circunstancias, como si fuese su deber mostrar cierto apesumbramiento ante aquellas señoras que veían sacar uno a uno de seguro a sus antepasados, de seguro a sus seres queridos, de seguro olvidados después de tantísimos años a juzgar por el estado de los ataúdes y del polvo acumulado y de las placas identificatorias ya casi ilegibles.

Evangelina volvió a estirar el cuello en un movimiento apenas perceptible, como si eso le sirviese para mirar mejor el ataúd que acababan de sacar o reconocer algún rasgo de su pasado, en algún tiempo tan lustroso, con su crucifijo de bronce y las manijas plateadas, ése debía de ser de la abuela Florencia, o quizá de Marcelino, a quien dicen conoció en la niñez, pero que jamás pudo recordar. Berta, sin girar ni un milímetro la cabeza, la miró de reojo, y fue cosa de segundos porque enseguida regresó al ataúd, y después más allá, al horizonte de la callejuela que se perdía en una hilera de bóvedas hasta concluir en la superficie grisácea del paredón.

Porque había llegado el día y allí estaban, por fin, después de años de trámites y edictos y pago de impuestos atrasados y búsqueda de herederos de aquella bóveda de familia que a nadie interesaba, de la que nadie se ocupaba y que debía ser vendida y por supuesto vaciada, ella nomás se había ocupado prácticamente de todo porque cuando le pidió a su hermana que por favor, Evangelina la miró estupefacta y le recordó que ya no estaba

en edad de meterse en eso, y no quedó del todo claro si eso era la telaraña burocrática para poner la bóveda al día y en condiciones de venderla o si se refería a la profundidad de aquel nicho de paredes heladas y carcomidas por la humedad.

Así fue como hizo honor a su fama de corajuda y fue ella quien descendió, acompañada por una autoridad del cementerio, por la escalerilla que conducía a los catres donde reposaban sus padres, Florencia, su cuñado quien se apuró en abandonar este mundo y dejar viuda a Evangelina, el bisabuelo Marcelino, la tía Olga y alguien a quien no pudieron identificar porque se le había perdido la placa, o nunca la tuvo, pero sobre quien Evangelina no tardó en sugerir que se trataría de uno de esos amigotes de papá que no tendría dónde caerse muerto, aunque no estuviese del todo segura, pero lo cierto es que fue quien causó más problemas oficinescos y debieron asentarlos en el registro como un sospechoso NN.

Berta recordaba como si hubiese sido el día anterior aquel descenso por la escalerilla, con la carterita colgándole del brazo y aferrada a los travesaños con la sensación de que si algo llegaba a quebrarse iría a parar al fondo del nicho y luego, muy posiblemente, a uno de esos catres devastados por décadas de olvido y de los que se desprendía un polvo fino que se parecía a llovizna hacia las profundidades de un tiempo remoto, porque descender por la escalerilla era descender al pasado, al corazón de su pasado, y ella una niña junto a papá y mamá y las navidades con la abuela Florencia y también la tía Olga y ese ignoto bisabuelo a quien dicen que Evangelina conoció pero que nunca pudo recordar, una visita al fondo de su infancia, aunque por suerte había llevado ese lustrador de metales y la franela con que de tanto en tanto sacaba brillo a la vajilla de plata, y entonces se puso a frotar las placas identificatorias y como una lámpara mágica se le aparecieron rostros, fechas, escenas, cuerpos etéreos que se decidían a emerger desde los confines de la memoria, fantasmas que hacía tanto dejaron de visitarla porque la memoria también es un cementerio donde

yacen los muertos nuevamente sepultados, enterrados por el olvido, espectros que a partir de un instante impreciso ya no es posible seguir honrando ni queriendo, mientras los ataúdes iban quedando por encima de su cabeza y ella descendiendo hacia una historia cada vez más fría, cada vez más húmeda y oscura, tendría que haberme traído un saquito.

Pero ahora estaban allí, en esa tarde de febrero, mientras los empleados del cementerio terminaban de sacar un tercer ataúd, una junto a la otra, estáticas, petrificadas, como si esa momificación tuviese algún significado, un estado de alerta, vigilantes, quién sabe, porque cuando el ataúd se resbaló de las manos de uno de los hombres y cayó sobre el embaldosado de la vereda no movieron ni un dedo ni agitaron las pestañas ni se les deslizaron las carteritas que pendían a la altura de las rodillas, ni siquiera un gesto cuando los empleados pusieron cara de disculpas, cada vez más silenciosos, retraídos, cómo pudo suceder, torpeza, una inexplicable desatención, y sólo cuando aquel jugo negro y espeso comenzó a fluir por la fisura del cajón fue que Berta empezó a reírse con esa risa contenida, de labios apretados, que parecía salirle desde el fondo del estómago. Era una risa hartamente conocida por Evangelina, siempre sucedía lo mismo, la risa se le atascaba en la boca, inflaba las mejillas, pugnaba por salir a través de los dientes apretados, algo de la risa se escabullía por las narices, y al final terminaba dejándola escapar en forma de ondas, a los saltos, una risa que a Evangelina siempre le pareció la risa de Drácula tratando de dominarse, y por supuesto que cada vez que Berta se reía de esa manera, Evangelina terminaba tentándose y la risa también le subía desde el estómago sin que pudiese detenerla, al principio como pucheros hasta que los labios se abrían y ya no había forma y seguía y seguía como si la risa tuviese vida propia, una risa que se reproducía a sí misma y cada carcajada invitaba a la que venía detrás, ya imposible de reprimir, y así hasta que les saltaban las lágrimas, más cuando vieron que los empleados se miraban entre sí y uno de ellos hizo el

intento de acompañarlas ensayando la sonrisa más idiota que puede caber en la cara de un hombre, apenas el extremo de los labios manteniendo el gesto de circunstancias y el jugo que seguía escurriéndose cada vez más negro y más espeso ahora acompañado de un hedor que se revolvía en el aire y Berta que no terminaba de preguntarse si esa materia empetrolada sería su padre o su madre o la tía Olga, demasiado consistente para tratarse de la abuela Florencia, y mucho menos de Marcelino, a quienes se figuraba transformados en polvo, aunque Evangelina ya estaba deduciendo que ese caldo repugnante no podía ser sino el amigote de papá, jamás su amado esposo que en paz descanse y que la había abandonado tan pronto y de manera tan inesperada, pero es claro, nunca se sabe qué puede suceder dentro de esas cajas que no están hechas para pudrirse en tierra.

Recién a las tres y media de esa tarde de febrero los siete ataúdes descansaban en el depósito del crematorio, esperando su turno y Berta junto a Evangelina esperando afuera porque ni siquiera lo preguntaron, por supuesto que no se podía entrar, y tampoco lo hubieran deseado, para ver qué, ahí sentadas en la sala luego de firmar los últimos papeles, por fin, por fin había concluido todo, después de tanto tiempo, y ese humo que salía por el extremo de la chimenea, allá en lo alto, tal vez papá o mamá, o la tía Olga, y no necesitó verla para saber lo que Evangelina pensaba, que algún día ellas también terminarían así, disipándose por el extremo de la chimenea, esfumándose en el aire, apenas un poco de humo gris perdido en el cielo en una tarde azul de febrero, después de todo tal vez eso fuese el paraíso, el cielo azul recibiendo ese humito, el aire levemente enrarecido porque para eso harían las chimeneas tan altas, allá arriba papá y mamá, la abuela Florencia, lo poco que se conservara de Marcelino, la perseverante tía Olga, no necesitó verla para saber lo que pensaba, que algún día ellas dos también, ese humito, allá arriba, sabía que esas cosas la inquietaban, no como ella que veía en

los restos el tránsito de un estado a otro, del rigor mortis a la descomposición, de los huesos a ese humo en el extremo de la chimenea. En cambio Evangelina era distinta, algo de todo aquello la inquietaba, había cierta profanación en eso de sacar los ataúdes y mandarlos a la hoguera, algo de sagrado en los muertos, nada menos que ocho misas a su difunto esposo, la prolongación de un dolor más allá de lo recomendable, los retratos de papá y mamá en la repisa de la galería, el crucifijo en la cabecera de la cama, Evangelina no hablaba porque la conocía, y Berta ni siquiera necesitó mirarla para saber lo que pensaba ni lo que estaría sintiendo en aquel instante. Observó el reloj, la cinco y treinta y cinco.

El encargado del crematorio les hizo una seña, se acercaron, al ingresar vieron las bolsas sobre una mesa de metal, no más grande que una camilla, dura, helada, como las que Berta se figuraba había en las morgues, y es claro que no precisaban ser cómodas, los muertos son muertos porque dejan de sentir, la atroz y pavorosa sensación de dejar de sentir, algo que sólo sienten los vivos, el infinito, la salvación del alma hasta el fin de los tiempos, la diestra de Dios, la gloria del paraíso. La eternidad, otra versión del infierno. No, sus recuerdos y sus seres queridos eran nada más que ese humo en el extremo de la chimenea y esas bolsas de plástico semitransparentes que descansaban sobre la mesa de metal, cada una con su identificación, Gregorio Ábalos, Lidia Anzoátegui de Ábalos, Florencia Letamendi, Marcelino Ábalos, Belisario Murias Calvento, Olga Anzoátegui, NN.

Les repartieron la mitad del peso en dos bolsas mayores, que ni aun así eran voluminosas, y mucho menos pesadas, Evangelina hasta la sostuvo con dos dedos y el brazo levantado, un grupo de huesos porosos y de lo más portátiles, si parecen piedra pómez, oyó Berta que le decía mientras bajaban de espaldas a las grandes columnas del pórtico.

El calor de esa tarde azul de febrero parecía aún más intenso en las afueras del cementerio, con el sol pegando sin

piedad en las baldosas y rebotando en las medianeras, no muchas por esa zona de construcciones bajas, atestada de florerías, casas de sepelio, velatorios, marmolerías y broncecerías para grabar recuerdos, invocaciones y frases desesperadas, y fue Evangelina la primera en darse cuenta del perro al trotecito mientras iban camino de la plaza, y luego Berta que giró la cabeza cuando el perro con el hocico casi pegado a su bolsa de huesos, fuera fuera, pero el perro como si nada y Berta agitando la bolsa, amagando con dar en la cabeza del perro, no le lleves el apunte, dijo Evangelina, y el hocico del perro ahora pegado a su bolsa y Evangelina caminando tiesa, el cuello erguido y la mirada penetrante en la arboleda de la plaza, y era todo su cuerpo con esa especie de orgullo herido, no le lleves el apunte, repitió con el perro que no sacaba los ojos de papá y de mamá, o tal vez de la tía Olga o hasta de su pobre Belisario, que en paz descansen ahí colgando en la bolsa junto a los escasos restos de Marcelino y de la abuela Florencia, o de ese amigote de papá, aunque en verdad ya no interesaba reconocer a quiénes llevaba colgados de su mano derecha, qué calor agobiante el de febrero, la ciudad desierta, el perro en silencio caminando junto a ellas, casi entre las dos, era cierto, un poco de olor se desprendía de las bolsas, un perro vagabundo y huesudo, algo pelado en las ancas y en un sector de la cola, quién sabe, hasta podría ser un repugnante merodeador de cementerios, fuera fuera, no le lleves el apunte.

Subieron con los siete cadáveres al colectivo de la línea 39. Era algo en lo que estuvieron pensando durante los días anteriores, cuando les comunicaron que los restos podían ser retirados. Berta fue de la idea que debían ir a la costanera y dejar que la suave brisa del río derramase las cenizas sobre el agua en un atardecer con los colores del crepúsculo tiñendo el cielo y el aire del verano arremolinando el espíritu de sus antepasados en comunión con la naturaleza, el regreso a los elementos, a las fuentes de la vida en una ceremonia de retorno, de muerte y renacimiento junto al canto de las aves y

a la fugacidad plateada de los peces, a lo que Evangelina respondió si no estaba loca, tirar a papá y a mamá por ahí, que además no eran cenizas sino un montón de huesos triturados, y aunque hubiesen sido cenizas nunca, jamás, acordate lo que les pasó a los Machado, que justo en ese momento un golpe de aire y la madre se les metió en los ojos. Pero eran un montoncito de huesos y Evangelina había pensado que lo mejor sería una pequeña parcela en el mismo cementerio, colocar una cruz, una placa recordatoria y sembrar algunas florecitas de vez en cuando, pero las autoridades le dijeron que las parcelas eran para los ataúdes, que tampoco se admitían fosas comunes y que ni siquiera los nichos... pero ni lo dejó terminar porque los nichos empotrados en esos paredones era algo que horrorizaba a Evangelina, esas galerías heladas llenas de flores de plástico y de retratos ovalados que el tiempo va pintando de ocre, donde los pasos golpean como un eco siniestro en el interior de una caverna y se meten en los oídos y en la piel y en algunos casos hasta hay que andar subiendo por escaleras corredizas... no, por Dios, algo espantoso.

Entonces Berta propuso que una noche cualquiera, cuando no hubiese nadie, la placita a tres cuadras de casa, que así enterraron a Valerio, a lo que Evangelina respondió que una cosa era un gato y otra muy distinta restos humanos, que si alguien las veía, que hasta podían tener un problema legal, que no era posible algo muy profundo, que si llegaban a encontrarlos, se imaginaba la policía, el juez, los médicos forenses, la prensa, los organismos de derechos humanos, los desaparecidos, la rememoración de una dictadura feroz, no, no era conveniente, papá siempre odió los escándalos, no podemos correr ese riesgo, por lo que Berta se encontró junto a un dilema que seguía desprendiendo ese olor no tan fácil de identificar pero sospechoso y hasta le pareció que las pocas personas que viajaban con ellas en aquel colectivo de la línea 39 se estaban imaginando el contenido de esas bolsas de polietileno semitransparente que descansaban a sus pies.

Ya Evangelina le había aclarado que ella no podía llevárselas al departamento porque no sabía qué hacer con ellas y soy muy impresionable y me sería imposible cerrar un ojo. También Arturo le había advertido que no se llegara a aparecer con *eso* en la casa y cuando se despidió de Evangelina que siguió viaje en el mismo colectivo y tomó las dos bolsas y descendió por la puerta delantera ante la mirada insistente del conductor, sintió que nuevamente debía cargar con el destino de sus muertos y llevarlos hacia alguna parte a través de las calles sofocantes e imperturbables de aquella tarde de febrero.

Saludó con la mejor de las sonrisas al encargado del garage, quien respondió con una leve inclinación de cabeza aunque con la mirada tan pero tan parecida a la del conductor de la línea 39, tal vez porque nunca la vio manejar y desde cuándo la señora viajaba sola en el automóvil, pero el automóvil no se movió de su lugar y fue nada más que abrir la tapa del baúl y meter a papá y a mamá dentro junto con la abuela Florencia y Marcelino y su cuñado y la tía Olga y el misterioso desconocido que ni por esto imaginaron tal peregrinaje a los tantos años de abandonar el mundo.

Arturo la recibió sin desprenderse totalmente de la lectura, mirándola apenas por encima del diario ¿cómo fue todo? ¿al final te acompañó tu hermana? ¿hubo algún problema con el vaciamiento?, pero Berta notó que disimulaba concentrarse en la lectura del diario, que el interés estaba en esas aparentes preguntas al margen y ella respondiéndole con monosílabos sí no no sí, ¿ya puede ponerse en venta? ¿está muy deteriorada? ¿hablaste con los demás?, cierta fascinación por los detalles ¿abrieron alguno delante de ustedes? ¿vieron algo? ¿duró mucho la cremación?, no sí no no sé y la pregunta fatal ¿qué hicieron con los restos? como secuela de un interrogatorio que ya empezaba a hacérsele extenuante. Mintió, por supuesto, y también dudó aunque tuviese preparada la respuesta porque nunca supo mentir y detestaba las mentiras, pero ésta era una mentirilla de fuerza mayor, no podía confesarle a Arturo que

aquellos huesos reposaban en el baúl del automóvil, que si mañana iba y abría la portezuela era posible que echase la cabeza hacia atrás y hasta retrocediese un paso por el olor acumulado, y ya lo veía a Arturo rociando con desodorante de ambientes hasta la rueda de auxilio y pasándole plumero al último recoveco, que no fuesen a quedar vestigios, ni una partícula, un auto viejo pero brillante, con el tapizado y los cromados originales, con el tablero sin un rasguño, con la pintura impecable, con los paragolpes sin una abolladura, con siete cadáveres en el baúl y ahora qué iba a hacer, no podía abandonarlos por ahí, aunque tampoco lo tenía decidido. Lo urgente era trasladarlos de lugar, que Arturo nunca se enterase.

Y Arturo ni se enteró de esa levantada más temprano que de costumbre, lo vio durmiendo de costado y con ese ronquido sobrio e introvertido, como si roncase para sí y aun dormido tratase de no molestarla, entonces se preguntó por qué despacito las zapatillas, la ropa, si podía estarse vistiendo como cualquier día, algo más temprano, un poco de insomnio, ganas de desayunarme. Por qué esa culpa si era como velar por sus muertos, ocuparse de ellos, desposeídos de tierra donde descansar, tan viejos que el tiempo los había transformado en huérfanos sin geografía. Sin embargo ella existía y estaba ahí vistiéndose y respirando porque esos huesos tuvieron vida alguna vez y la engendraron y emprendieron otra historia y algo debía hacer por ellos.

El empleado del garage volvió a recibirla con esa sonrisa de sorprendido y cuando abrió el baúl la cabeza no se le fue hacia atrás ni debió retroceder un paso ni tampoco tuvo el impulso de volver a cerrarlo porque era el olor de sus amados muertos, de sus queridos predecesores que de pronto invadía la atmósfera del garage y se revolcaba entre los automóviles y se elevaba hasta ese techado de zinc con filtración de luz natural, y cuando volvió a cruzarse con el empleado, sin mirarlo siquiera y con una bolsa en cada mano, ya estaba convencida de que las bolsas iban dejando una prolongación de sus ema-

naciones igual a la cola de un cometa y que el olor ya había acometido con cuanta cosa se encontraba en aquel ambiente y que tardaría semanas en disiparse.

Pero los huesos delatores no parecían ser tales porque nadie de los que cruzara en el camino del garage a su casa arrugó la nariz ni volteó la cabeza ni dirigió la mirada hacia las bolsas, y dedujo que algo de idea debía de haber porque hasta hizo la prueba de entrar en la verdulería, tres tomates para ensalada, dos pepinos, una lechuga arrepollada, medio quilo de naranjas, y el verdulero no sólo no se inmutó sino que hasta puso una de las bolsas con los huesos junto a las frutas y verduras, lo cual terminó por infundirle confianza en su propósito de esconder temporalmente aquellos despojos en algún lugar del departamento mientras decidía su destino definitivo y sin que su presencia se transformase en fuente de conflictos.

Arturo todavía roncaba cuando llegó. Dio vueltas en la cama en el instante que Berta depositaba las bolsas sobre la mesada de la cocina, Berta estática, petrificada mientras escuchaba los refunfuños, el reacomodamiento del cuerpo entre las sábanas. Aguardó un momento y luego se aflojó. Miró las bolsas. Aquellos huesos parecían hablarle, ser conscientes del peligro, contemplarla a través de su envoltura de plástico, no nos dejes, voces mudas que demandaban desde su esponjosidad de piedra pómez, no nos abandones, indefensos y desamparados. Pensó en un lugar aireado, el balcón, tras las reposteras que durante el verano permanecían afuera, pero Arturo iba al balcón muy seguido y tarde o temprano preguntaría qué es eso, y si se le diese por hurgar, santo Dios, cuando viese los huesos, enseguida iba a adivinarlo y ella qué explicación le daría, ya se imaginaba la discusión, por qué siempre vos, por qué tenés que ocuparte de todo, cuántos son los herederos, por qué justo en *mi* balcón, en *mi* casa, está bien, a tus padres los ponemos en una urna, pero los demás... ya se lo estaba imaginando y se le hizo intolerable, esos muertos habían estado juntos por cuánto tiempo, cuántos años acumulando

polvo sin que nadie les echase un rezo, cuchicheando cosas entre ellos, por las noches, confundiendo nombres y fechas y situaciones porque la memoria de los muertos se descompone junto con la materia, pero pronto entran en un terreno donde la veracidad ya no tiene importancia, comunicándose a su manera, sólo el susurro en las profundidades del nicho, voces quedas deslizándose por las paredes, acariciando las superficies descascaradas, las manchas de humedad, dejándose envolver por la apenas claridad del día, el fresco de la noche, pero qué cosas pienso, Arturo se había movido de nuevo, tal vez hubiese despertado, miró alrededor, el armario, el armario de la cocina, junto a la escoba, el escobillón, la pala, junto al plumero, la tabla de planchar, las bolsas de residuos. Arturo jamás hurgaba en ese rincón.

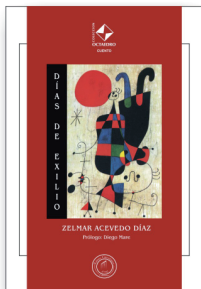
Al día siguiente todo parecía vuelto a la normalidad. Los huesos si apenas daban un poquitito así de olor al que era tan fácil acostumbrarse, únicamente cuando se abría el armario, pero se ocupaba bien de cerrar enseguida y como si nada. Casi podría decirse que salió tranquila, el banco, la cuenta de la luz, del teléfono, la carnicería, que no vuelva a olvidarme de los duraznos en almíbar, el pan que a Arturo le gusta fresco para el desayuno, crocante pan con manteca remojado en el café con leche. Cuando regresó, Hortensia ya había terminado de limpiar los vidrios, como le dijo, de sacudir las fundas del sofá y de los sillones, como le dijo, de darle una baldeada al balcón, como le dijo, del barrido general y después el trapito húmedo como no hizo falta que le dijese porque era lo que venía haciendo todos los martes y viernes desde el día que la contrató, y ya en aquel momento se ocupaba del planchado de las camisas del señor y Berta no supo por qué, tal vez cuando vio la tabla de planchar, por qué fue a la cocina y abrió el armario y vio el hueco donde antes estaban las bolsas ¡Hortensia! sí señora ¡dónde están las bolsas! ¿las bolsitas ésas de la basura? las puse todas juntas... que las puso... ¡pero dónde están! en el tacho del palier señora, y escuchar

esto y correr hacia el depósito del palier fue una misma cosa y encontrar el tacho vacío fue otra, si hasta le dieron ganas de bajar por las escaleras pero su edad y los siete pisos no eran garantía de un arribo afortunado y se pegó al botón del ascensor imaginándose una carrera contra el tiempo tratando de alcanzar al camión recolector antes de que papá y mamá y Marcelino y la abuela Florencia y la tía Olga y el cuñado Belisario, además del amigote desconocido, fuesen triturados por la compactadora hidráulica, que ya bastante maltrechos estaban los pobres, si además se producía el milagro de que llegase a recuperarlos, hasta que el ascensor apareció después de medio siglo y los portazos y nunca el maldito ascensor se deslizó con tanta lentitud, como una mariposilla herida que vanamente intenta sostenerse en el aire, hasta que por fin la planta baja, cerrar las puertas fue más un acto mecánico que consciente, la puerta lateral del vestíbulo, el cuarto de calderas, la presencia de Elvio terminando de sujetar las grandes bolsas de consorcio, estoy casi segura, Elvio, se me debe haber ido con los restos del asado, es un anillo que lo tenía de antes de casarme, un recuerdo de familia, no no, deje nomás, yo lo busco, no se moleste, ahhhhh sí, me parece que es ésa, gracias, Elvio, es usted una monada.

En la soledad del ascensor se ocupó de comprobar que, efectivamente, Hortensia había colocado los huesos en una misma bolsa. Abrió la puerta con precaución, por si Arturo se hubiese levantado. Fue un momento difícil, la tabla de la carne sobre la mesada, la masa de madera para afinar las milanesas, Hortensia dele planchar y canturrear, los golpes desde la cocina no la inmutaron, pero el mentón de Berta no paraba de gotear sobre aquella materia desde la que se elevaba una polvareda seca que se le metía en la nariz, Berta respirando al pobre Belisario que nos abandonara tan joven, respirando aquellas navidades con la abuela Florencia y su devoción por la ensalada rusa, a mamá y sus aplausos cuando aparecía papá vestido de Santa Claus, respirando el misterio del NN, los res-

tos casi desaparecidos de Marcelino, la tía Olga que se elevaba como una nube. Ahora todos eran uno, sin discriminación. Ahora todos descansaban en la democracia del equívoco y tal vez los cuchicheos se hiciesen más íntimos y acogedores y se les diese por intercambiar recuerdos, temperamentos y hasta sensaciones. El tiempo también se volvería uno, se enredarían las épocas y la suma de huesos terminaría por fundir sus pasados y constituir un único esqueleto, sin calaveras ni tibias ni costillar ni médula porque cada parte se había hecho irreconocible. El mango de la masa parecía querer escapársele de la mano. Quizá todo su cuerpo estuviese sudando.

Semanas más tarde, Evangelina visitó a su hermana y vio encantada cómo se habían desarrollado las azaleas de los canteros y las alegrías del hogar que, desde los maceteros colgantes, caían en cascada junto a la luz amarilla en el balcón, ay, están divinas, contame qué fertilizante estás usando, pero a Berta no le caía del todo bien esa mirada de complicidad a espaldas de Arturo porque le hubiese gustado que Arturo lo supiera, que compartiese con ella el color de las azaleas y la alegría del hogar.



A pesar de su superficie cristalina, no es fácil determinar la sustancia con que están contruidos los cuentos de Acevedo Díaz. La superficie es engañosa, resbaladiza, porque nunca se reconoce del todo si hay planos ilógicos que derivan en trances sociales o es lo social que, por la dimensión de lo narrado, termina disparándose hacia el absurdo. ¿De qué materia está hecha esta prosa por momentos magnética, por momentos ilusoria? Cuentos de agua, de piedra, de

espuma, donde abundan espejismos que conducen la verosimilitud hacia lo inverosímil, lo real hacia diferentes estados de irrealidad. En todo caso, subyace aquí un realismo erizado e inasible que da formato a temas como la disgregación existencial, la comedia negra, la violenta ruptura de la vida cotidiana, el crimen, el espanto. A lo que habría que sumar, como un trabajo de orfebre, la arquitectura de personajes centrales y el detallismo que hacen de esta páginas una aproximación barroca.

